

“Losanges” en *Quiero volver a casa* de Raquel Del Valle Guzmán Córdoba: Ediciones Argos, 1993

por Elisa Moyano

En el inicio de la importante obra de esta autora que, habiendo recibido numerosos premios, oscila entre la producción de lírica, ensayo, crítica literaria y microrrelato, *Quiero volver a casa* brilla con luz propia.

Se trata de un poemario de ese nombre que, después de recibir el máximo galardón en el Premio Argos de Poesía (1991-1992), fue publicado por las Ediciones del mismo nombre en 1993. En el tomo se encuentran, a continuación de él, los textos de quienes obtuvieron menciones (María Teresa Andruetto, Graciela Ferrero, Livia Hidalgo, Edith Vera y Matías Vernengo).

Si el último poema de Raquel tiene el nombre del poemario completo, los diez y seis primeros están numerados con números romanos bajo un solo título “Losanges”. Es el nombre que se da a un rombo muy usado en heráldica, cuya diagonal mayor está en posición vertical. ¿Qué significados puede adquirir este título después de leer los poemas? ¿La diagonal mayor podría estar simbolizando la oposición naturaleza-cultura que atraviesa todo el libro? ¿La menor, otras dicotomías que aparecen en menor medida? O más bien, extrapolando una idea lacaniana de que el losange es tanto disyunción V como conjunción A ¿significa una especie de *coincidencia opositorum*? Esta posible interpretación será retomada al final, después de recorrer las muchas dicotomías presentes en el libro.

En el poema I aparece una excursión por el Coliseo. Desde sus ventanas el sujeto hablante dice “miro adentro mío/ y sueño con la utopía de Marx/ [...] y las luces de Nueva York” (11). Al recorrido por uno de los lugares icónicos de la cultura occidental, en cuyo interior el sujeto puede soñar con una conjunción de lo que estaba disjunto durante la guerra fría, se sucede una caminata “por el borde de los Andes”. Hemos pasado del arte y la cultura europea (la enorme fuerza arquitectónica del Coliseo romano) y un momento de la historia (la caída del muro de Berlín ocurrida en 1989) a uno de los colosos de la naturaleza americana, con su “viento frío”. En la arena del poema no sólo está representada la diagonal mayor (naturaleza-cultura), sino también la menor del losange (capitalismo-comunismo). Todo un engranaje dialéctico habita el poema y eso explica que, en el cierre, el sujeto diga “Hegel me saluda”.

En el poema II (12), volvemos a encontrar la oposición naturaleza-cultura, representadas respectivamente por unos pies sangrantes y “estos libros,/ estas frases/ estas letras”. También en el V en el que aparecen la Yocasta de la tragedia griega y su “alarido largo” (15) quizás aquél que soltó cuando se dio cuenta de que se había casado con su hijo Edipo, y María. Esta última es la madre de Jesús tal vez en una pintura en la que observa la crucifixión, ya que se encuentra “estática, para siempre,

en el sollozo". El sujeto, que ha logrado un enlace entre las dos vertientes de la cultura occidental (lo greco-latino y lo judeo-cristiano) representadas en el poema por esas dos mujeres, en la segunda parte se lanza "contra las rocas/ contra el agua/ contra el frío" y cierra diciendo "sólo quedó mi grito" con lo que su sufrimiento en un entorno natural, suplanta el de las madres dolorosas de esos dos textos y esas dos culturas. A similar diagonal mayor, se le une como diagonal menor occidente (lo griego) y oriente (lo judeo-cristiano).

En el XI, el yo dice "No quiero ser Ave Fénix/ porque no quiero ser ceniza./ Prefiero estar aquí/ hecha un ovillo,/ mientras la araña/ teje tranquilamente /su tela (21)." Si la del Ave Fénix es una leyenda presente en muchas vertientes culturales, en su simbolismo concentra la potencia de la resurrección que pasó por dar un ejemplo del judaísmo (al ave se incinera en el Jardín del Edén) a Egipto, a Grecia y al cristianismo. La oposición aquí es que, en la escena final, a la pintura de la vida cotidiana del sujeto femenino acurrucado se une a un elemento de la naturaleza (la araña) y contrarresta la escena legendaria del fénix naciendo de sus cenizas. La dicotomía que se superpone a cultura / naturaleza en este caso ¿es la que opone lo extraordinario a lo ordinario?

Un cuarto poema, el XIV, tiene un sujeto en primera persona del plural "viajamos hacia Troya" (24) que luego es reemplazado por un yo que habla a un vos "vos blanqueaste la muralla" (lo alto) y "yo [...] apoye mi oído en el pasto/ para escuchar los pasos de Aquiles" (lo bajo) que se continúan con "Vos hubieras preferido/ encontrar a Andrómaca. / Y sólo me encontraste a mí/ boca enorme queriendo/ devorar el mundo." Andrómaca es la esposa de Héctor quien murió en Troya, justamente a manos de Aquiles. En la mitología griega simboliza el amor conyugal y filial frente a la crueldad de la guerra. Entonces a la dicotomía de lo alto y lo bajo, se le une la que opone amor (vida) a guerra (muerte). Sin embargo, gracias a la presencia de lugares y personajes de los textos homéricos que se oponen a ese yo que se define como una enorme boca que quiere "devorar el mundo", la muerte igualadora, último momento en el ciclo de los seres vivos, se representan el polo de la cultura y el de la naturaleza en el poema.

El último y más largo de todos (27), aquel que lleva el nombre del poemario, también contiene esa dicotomía. No está dividido en estrofas pero las palabras "quiero volver a casa" marcan el comienzo de cinco partes en las que el sujeto, después de pronunciarlas, explicita un deseo a través del uso de una frase que comienza con un infinitivo: caminar [...] por las calles; dejar atrás las caras que tiemblan en las vidrieras; olvidarme de los caminos, de las noticias, de la historia; descansar de los sueños, olvidar los fracasos; estar el escenario y escuchar sólo los aplausos. Si las tres primeras enunciaciones señalan deseos relacionados con itinerarios urbanos y modernos, los dos últimos plantean la dicotomía fracaso, triunfo.

En varios de esos apartados el sujeto se mueve entre la cultura y la naturaleza. A los afiches que muestran reposición de obras de Brecht, Artaud, Claudel se opone la mujer que calienta su pie en un brasero; a las vidrieras, la enorme vereda de siempreverdes y un pasillo “angosto, oscuro y suave”. Después de las historias que le contaron o que inventó se retorna al pasillo “largo y muy angosto”. Sorprendentemente, en la penúltima parte “el cuerpo se reduce y se pliega poco a poco” y cuando dice que “los huesos se ablandan” y “un líquido tibio me envuelve/ más allá de las palabras” ya sospechamos que estamos ante un retorno al útero. En la última, cuando ese sujeto dice “mi cuerpo se acurruca lentamente [...] mis uñas ya no están afiladas [...] ya estoy en casa”, ya se ha retornado. La casa es el útero.

En resumen, todos los poemas que poseen la dicotomía naturaleza-cultura, o sea I, II, V, XI, XIV y (al colocar un número a éste último) XVII operan (dos al comienzo, dos en los alrededores del centro y dos al final) como una estructura en la que todo el poemario se sustenta. También se sostiene en la dicotomía nacimiento -muerte. El primero metaforizado casi al comienzo en el poema III con un “agujero blanco [...] que me recibió hace treinta y tres años” (13). La segunda, casi al final en el XVI (26). Ante la pregunta por el “espacio que me toca” se responde “tal vez sea solamente/ un puñado de tierra” que nos recordó el poema “El vendedor de tierra” de Jacobo Regen que finaliza “yo le compro tierra y algún día/ me tendrá que vender toda la carga”.

Ahora bien, entre esos dos extremos ¿qué descubrimos?

1.- La presencia del sufrimiento. Metaforizado por la **sangre**, aparece siempre en el contexto de algún antagonismo. En el poema II (12), ya visto porque se hace presente la oposición naturaleza –cultura, los pies están **sangrando**. También en el III (13), en el que las tres estrofas comienzan con la frase “Todo es frío”. Es el poema que “habla” del nacimiento, en el que la pugna se da entre el mundo inanimado y el animado, “Las piedras congeladas del camino/ acarician mi **sangre** [...] las flores [...] deambulan ciegas. En el IV (14), la oposición está en el oxímoron silencio estridente. Dice “El silencio es una estridencia / que desespera,/ es igual a la mano enorme/ que aprieta el corazón de la madre/ para ordeñar la **sangre**/ que alimentará al hijo”. El poema VI (16) finaliza “en medio de la **sangre** que/ que me ahoga”.

2.- El encaracolarse del sujeto ante la aparición de un peligro. En el último poema mencionado no encontramos antítesis alguna pero su comienzo “estiré mi brazo” (16) se opone a las frases “desperté **acurrucada**/ y ya no pude estirarme” del poema VIII (18) que nos remiten al IX (19) en el que el sujeto dice “**me arrebujo**/ en un rincón del cuarto” y al XI (21), el del Ave Fénix, cuando dice “Prefiero estar aquí/ **hecha un ovillo**”. En los dos últimos casos, hay bichos cerca del sujeto “Un ciempiés enorme/ sacude sus patas” (19) “la araña/ teje” (21). En estos casos, esos insectos metaforizan alguna amenaza, equiparable a la que se hace presente con los animales del poema VII (17) “El lobo [...] el león [...] las aves [...] y un sapo” que abren “la boca enorme”,

muestran “los dientes destrozados”, crecen y dejan “caer lava” que se derrama “por el mundo/ por el mar/ por el silencio”. El miedo del sujeto se dice con estas palabras “yo apretaba los dientes”. En otro poema, el XIII (23), aparece otra parte del cuerpo también afectada por el miedo y curiosamente se usa la palabra arrebuñado “unos ojos redondos/ **arrebuñados** de miedo”. Seguramente acurrucarse, arrebuñarse, estar hecho un ovillo ante el peligro está relacionado con el deseo de volver al útero con el que se cierra (según nuestra lectura) el libro.

3.- El papel de las madres. Aparte de ofrecer ese refugio inasequible (su útero al que es imposible volver), ¿qué papel juegan ellas en el poemario? En el poema IV (14), que ya vimos, su corazón es ordeñado para alimentar al hijo con su sangre. Las madres emblemáticas de la cultura occidental del poema V (15), Yocasta y María, en sollozos, se oponen no sólo a una madre: “mi madre,/ con los ojos secos y vacíos”, tal vez por el llanto sostenido, sino también al sujeto que se lanza (en huída de esas escenas) a las rocas. Maternidad, sufrimiento y reacciones adversas van de la mano. Eso se ve claramente en el poema XV (25) en el que el sujeto escucha los llamados (los gritos) de ellas (su madre a la cabeza). Quiere volverse “pero la sal y la piedra” se lo impiden. La alusión a esos materiales tiene que ver con mujeres bíblicas y legendarias (como la de la leyenda de Esteco) que quedaron convertidas en ellos al darse vuelta. El sujeto entonces corre hasta que todo se diluye en el recuerdo y los gritos se convierten en “susurro de rezos/ en la Iglesia”. ¿De qué huye el sujeto? Supongo que de la “mater dolorosa”, ese modelo en que maternidad y sufrimiento iban de la mano, típico de los tiempos en que constituía la única realización de las mujeres sin profesión alguna, aquellas que utilizaban esa su condición para cargar de culpas al hijo, para tenerlo a su lado, condición que causaba –casi siempre- el efecto contrario: la huida.

Quiero volver a casa, con sus dicotomías (naturaleza /cultura; capitalismo / comunismo; oriente /occidente; lo alto / lo bajo; vida / muerte; lo animado / lo inanimado; fracaso / triunfo; silencio/ grito, algunas de las cuales podrían interpretarse como la *coincidencia oppositorum* de sus losanges (la naturaleza ya está culturizada, el comunismo ha dejado de ser un régimen con la caída del muro de Berlín, por ejemplo) ¿es como un resumen del Occidente actual o toca también problemáticas humanas mucho más universales?